

SI ES POSIBLE
EL POEMA
ES POSIBLE
LA VIDA

LAS 2001

NOCHES

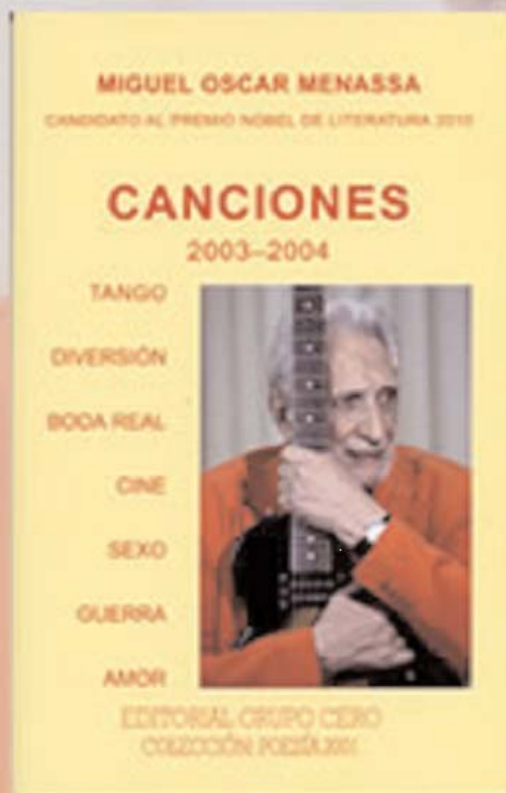
REVISTA DE POESÍA, AFORISMOS, FRESCORES

N.º 119 DICIEMBRE 2010 125.001 Ejemplares de DIFUSIÓN GRATUITA

CANCIONES

2003-2004

El nuevo libro de
Miguel Oscar Menassa



Una novedad de la
EDITORIAL GRUPO CERO

LEA ESTA REVISTA EN INTERNET

www.las2001noches.com

Desde el N.º 1 (Enero 1997) al N.º 119 (Diciembre 2010)

125.001 ejemplares: NADIE, NUNCA, ME ALCANZARÁ, SOY LA POESÍA

S AINT-JOHN PERSE

Guadalupe (Colonia francesa), 1902

ANABASIS

I

Estableciéndome con honor sobre tres grandes estaciones, tengo buenos auspicios para la tierra donde fundé mi ley.

Las armas por la mañana son hermosas, y el mar. La tierra sin almendras, entregada a nuestros caballos, nos otorga este cielo incorruptible. Y no se nombra al sol, mas su poder se halla entre nosotros, y el mar en la mañana como una presunción del espíritu.

¡Tú cantabas, poder, en nuestras rutas nocturnas!... en los idus puros de la mañana, ¿qué sabemos del sueño, nuestra herencia? ¡Durante un año aún entre vosotros! ¡Dueño del grano, dueño de la sal, y la cosa pública sobre justas balanzas!

No llamaré a las gentes de otra orilla. No trazaré grandes distritos de ciudades sobre las laderas con el azúcar de los corales.

Mas mi designio es vivir entre vosotros.

¡En el umbral de las tiendas toda gloria! ¡Mi fuerza entre vosotros! Y la idea pura como una sal celebra sus audiencias en medio de la luz.

*

...Mas yo rondaba por la ciudad de vuestros sueños y establecía en los mercados desiertos ese puro comercio de mi alma, entre vosotros

invisible y frecuente como una fogata de espinos bajo el viento.

¡Tú cantabas, poder, en nuestras rutas espléndidas!... “En la delicia de la sal se hallan todas las lanzas del espíritu... ¡Avivaré con sal las bocas muertas del deseo!

A quien no ha bebido, alabando la sed, el agua de las arenas en un casco,

poco crédito le concedo en el comercio del alma...” (Y no se nombra al sol, mas su poder se halla entre nosotros.)

Hombres, gentes del polvo y de toda condición, gentes de ocio y de negocio, gentes de los confines y gentes de más allá, oh gentes de poco peso en la memoria de estos lugares; gentes de los valles y de las mesetas y de las más altas laderas de este mundo en la prescripción de nuestras orillas; husmeadores de signos, de semillas, y confesores de vientos al Oeste; seguidores de pistas, de estaciones, alzadores de campamentos en la brisa del alba; oh buscadores de puntos de agua sobre la corteza del mundo; oh buscadores, oh descubridores de razones para ponerse en marcha,

no traficáis con una sal más fuerte cuando, por la mañana, en un presagio de reinos y de aguas muertas altamente suspendidas sobre las humaredas del mundo, los tambores del exilio despiertan en las fronteras

a la eternidad que bosteza en las arenas.

*

...Con un vestido puro entre vosotros. Durante un año aún entre vosotros. “¡Mi gloria está sobre los mares, mi fuerza está entre vosotros!

Prometida a nuestros destinos esa brisa de otras orillas y, llevando más lejos las semillas del tiempo, el resplandor de un siglo en su cima sobre el astil de las balanzas...”

¡Matemáticas suspendidas en los tímpanos de la sal! ¡En el punto sensible de mi frente donde se establece el poema, inscribo este canto de todo un pueblo, el más ebrio,

llevando a nuestros astilleros quillas inmortales.

Libros de
Miguel Oscar Menassa
a la venta en
e-libro.net



El confín del tiempo de Miguel Oscar Menassa. Óleo sobre lienzo, 81x60 cm.

CRÓNICA

II

Mentías, vejez: camino de brasa y no de cenizas... Con el rostro ardiente y el alma alta, ¿hacia qué exceso seguimos corriendo ahora? El tiempo que mide el año no es la medida de nuestros días. No tenemos comercio con lo menor ni lo peor. Para nosotros la turbulencia divina en su último remolino...

Vejez, henos aquí en nuestros caminos sin límites. ¡Chasquidos del látigo en todos los desfiladeros! ¡Y un grito altísimo sobre la altura! Y ese gran viento de fuera a nuestro encuentro, que curva al hombre sobre la piedra como el arado sobre la gleba.

Te seguiremos, ala del atardecer... ¡Dilatación del ojo en los basaltos y en los mármoles! La voz del hombre está sobre la tierra, la mano del hombre está en la piedra y extrae un águila de su noche. Pero Dios calla en la fecha de hoy; y nuestra cama no está hecha en la extensión ni la duración.

Oh Muerte ataviada con el guantelete de marfil, en vano cruzas nuestras sendas empedradas de huesos, pues nuestro camino va más lejos. El escudero mal trajeado de huesos a quien damos albergue y que nos sirve a sueldo, desertará esta noche en el recodo del camino.

Y queda esto por decir: vivimos de ultramuerte y hasta de muerte viviremos. Pasaron los caballos que corrían al osario, con la boca todavía fresca de las salvias de la tierra. Y la granada de Cibele tiñe aún con su sangre la boca de nuestras mujeres.

Nuestro reino es del crepúsculo, ese gran resplandor de un Siglo hacia su cima; no tenemos consejos reales ni campos de batalla, sino todo un despliegue de telas sobre las laderas, extendiendo en largos dobleces esos grandes montones de luz amarilla que los Mendigos del atardecer reúnen desde tan lejos, como sederías de Imperio y sedas crudas de tributo.

Estábamos cansados del dedo de tiza bajo la ecuación sin dueño... Y vosotros, nuestros grandes Mayores, que en vuestras rígidas vestiduras descendéis las rampas inmortales con vuestros grandes libros de piedra, os hemos visto mover los labios en

la claridad del atardecer: no habéis dicho la palabra que crezca y nos asista.

Lucina errante sobre las aguas para el alumbramiento de las obras de la mujer, hay otros nacimientos hacia donde llevar tus lámparas... Y Dios el ciego brilla en la sal y en la piedra negra, obsidiana o granito. Y la rueda gira entre nuestras manos, como en el tambor de piedra del Azteca.

V

Henos aquí, vejez. Encuentro fijado, desde hace tiempo, con esta hora llena de sentido.

La tarde cae y nos trae de vuelta con nuestras capturas de alta mar. Ninguna losa familiar donde resuenen pasos de hombre. Ninguna morada en la ciudad ni patio pavimentado de rosas de piedra bajo las bóvedas sonoras.

Es hora de quemar los viejos cascos cargados de algas de nuestros navíos. La Cruz del Sur está sobre la Aduana; el rabihorcado ha vuelto a las islas; el águila arpía está en la jungla, con el mono y la ampalagua. Y el estuario es inmenso bajo la carga del cielo.

Vejez, mira nuestras ganancias: vanas son, y libres están nuestras manos. El trayecto está hecho y no está hecho; la cosa está dicha y no está dicha. Y volvemos cargados de noche, sabiendo de nacimiento y de muerte más de lo que enseña el sueño del hombre. Tras el orgullo, he aquí el honor, y esta claridad del alma floreciente en la espada grande y azul.

Fuera de las leyendas del sueño, toda esta inmensidad del ser y esta profusión del ser, toda esta pasión de ser y todo este poder de ser, ¡ah todo este gran soplo viajero que levanta bajo sus talones, con el vuelo de sus largos pliegues -gran perfil en marcha sobre el vano de nuestras puertas- el tránsito veloz de la Virgen nocturna!

GRUPO CERO
Buenos Aires
Talleres de poesía
Lucía Serrano (Tigre)
Tel.: 4749 6127

EXILIO

II

A ninguna ribera dedicado, a ninguna página confiado el inicio puro de este canto...

Otros se cogen, en los templos, del cuerno pintado de los altares:

¡Mi gloria está en las arenas! ¡Mi gloria está en las arenas!... Y no es caer en error, oh Peregrino, el codiciar el área más desnuda para reunir en las sirtes del exilio un gran poema nacido de nada, un gran poema hecho de nada...

¡Silbad, oh hondas por el mundo, cantad, oh caracolas sobre las aguas!

Fundé sobre el abismo y la neblina y la humareda de las arenas. Me tenderé en los aljibes y en los huecos navíos, en todos los lugares vanos y desabridos donde yace el sabor de la grandeza.

"...Menos brisas lisonjeaban a la familia de los Julios; menos alianzas asistían a las grandes castas sacerdotales.

Donde se van las arenas hacia su canto, se van los Príncipes del exilio,

donde estuvieron las velas tensas en lo alto se van los restos del navío más sedosos que un sueño de violero,

donde ocurrieron las grandes acciones de guerra blanquea ya la quijada de asno,

y el mar en torno hace rodar su rumor de cráneos sobre las playas,

y que todas las cosas del mundo sean vanas para él, es lo que una tarde, al borde del mundo, nos contaron

las milicias del viento en las arenas del exilio..."

Sabiduría de la espuma, ¡oh pestilencias del espíritu en la repitición de la sal y la leche de cal viva!

De las servicias del alma, una ciencia me cae en suerte... ¡El viento nos cuenta sus piraterías, el viento nos cuenta sus errores!

Como el jinete, con la cuerda al puño, a la entrada del desierto,

espío en el más vasto anfiteatro el lanzamiento de los signos más faustos.

Y la mañana para nosotros lleva su dedo de augur por entre santas escrituras.

¡El exilio no es de ayer! ¡El exilio no es de ayer! "Oh vestigios, oh premisas",

dice el Extranjero en medio de las arenas, "todas las cosas del mundo son nuevas para mí!..." Y no le es menos ajeno el nacimiento de su canto.

III

"...Siempre hubo este clamor, siempre hubo este esplendor, y como un alto hecho de armas en marcha por el mundo, como un recuento de pueblos en éxodo, como una fundación de imperios por tumulto pretoriano, ¡ah!, como una hinchazón de labios sobre el nacimiento de los grandes Libros,

esta gran cosa sorda por el mundo, que se acrecienta de súbito como una embriaguez.

"...Siempre hubo este clamor, siempre hubo esta grandeza, Esta cosa errante por el mundo, este alto trance por el mundo, y sobre todas las playas de este mundo, proferida por el mismo aliento, la misma ola profiriendo

una sola y larga frase sin cesura por siempre incomprensible..."

"...Siempre hubo este clamor, siempre hubo este furor, y esta alta resaca en el colmo del acceso, siempre, en la cima del deseo, la misma gaviota sobre su ala, la misma gaviota sobre su área, reuniendo en su batir de alas las estrofas del exilio, y sobre todas las playas de este mundo, proferida por el mismo aliento, la misma queja sin medida

persiguiendo por las arenas a mi alma húmeda..."

Te conozco, ¡oh monstruo! Henos aquí de nuevo cara a cara. Reanudamos este largo debate en el punto en que lo dejamos.

Y puedes lanzar tus argumentos como hocicos bajos sobre el agua: no te dejaré pausa ni respiro.

Sobre demasiadas playas visitadas fueron lavadas las huellas de mis pasos antes del alba, sobre demasiados lechos abandonados fue mi alma entregada al cáncer del silencio.

¿Qué más quieres de mí, oh soplo original? Y tú ¿qué más piensas hacer salir de mis labios vivos,

oh fuerza errante sobre mi umbral, oh Mendiga en nuestros caminos y tras las huellas del Pródigo?

El viento nos cuenta su vejez, el viento nos cuenta su juventud... ¡Honra, oh Príncipe, tu exilio!

Y de pronto todo es para mí fuerza y presencia, allí donde sigue humeando el tema de la nada.

"... Más alto, cada noche, este clamor silencioso sobre mi umbral, más alto, cada noche, este ascenso de siglos bajo la escama.

¡Y, sobre todas las playas de este mundo, un yambo más bravío que alimentar con mi ser!...

Tanta altura no acabará con la orilla cortada a pico de tu umbral, ¡oh Esgrimidor de espadas en la aurora,

Oh Manipulador de águilas por sus ángulos, y Nutridor de las muchachas más agrias bajo la pluma de hierro!

¡Toda cosa que nace se horripila en el oriente del mundo, toda carne naciente exulta a las primeras luces del día!

Y he aquí que se alza un rumor más vasto por el mundo, como una insurrección del alma...

No callarás, clamor, hasta que no me haya despojado en las arenas de toda obediencia humana. (¿Quién sabe aún el lugar de mi nacimiento?)"

V

"...Como el que se desnuda a la vista del mar, como el que se levantó para honrar la primera brisa de tierra (y he aquí que su frente ha crecido bajo el casco),

con las manos más desnudas que cuando nací y los labios más libres, con el oído atento a esos arrecifes de coral donde yace el lamento de otra edad,

heme aquí restituído a mi orilla natal... No hay más historia que la del alma, no hay más holgura que la del alma.

Con el aqenio, el anofeles, con los rastros y las arenas, con las cosas más frágiles, con las cosas más vanas, la cosa simple, esta cosa simple, la cosa simple que está ahí, en el declinar del día...

Sobre esqueletos de aves enanas se va la infancia de este día, con vestido de las islas, y más ligera que la infancia sobre sus huesos huecos de gaviota, de golondrina de mar, la brisa hechiza a las aguas niñas con vestido de escamas para las islas...

¡Oh arenas, oh resinas! ¡El élitro púrpura del destino en una gran fijeza de la mirada! Y en el anfiteatro sin violencia, el exilio y sus llaves puras, el día atravesado por una espina verde como un pez de las islas...

El mediodía canta: ¡oh tristeza!... Y la maravilla se anuncia con este grito: ¡oh maravilla! Y no basta con reír bajo las lágrimas...

¿Pero qué es eso, oh, qué es lo que de pronto falta en todas las cosas?

Lo sé. Lo he visto. ¡Que nadie lo crea! -Y ya el día se espesa como leche.

El hastío busca su sombra en los reinos de Arsaces; y la tristeza errante lleva su sabor de euforbio por el mundo, el espacio donde viven las aves de presa cae en extrañas desherencias...

¡Quiera el sabio espíar el nacimiento de los cismas!... El cielo es un Sahel por donde va la azalaya en busca de sal gema.

Más de un siglo se vela en los desmayos de la historia. Y el sol esconde sus hermosos sestericios en las arenas, cuando ascienden las sombras donde maduran las sentencias de la tormenta.

¡Oh presidios bajo el agua verde! Que una hierba ilustre bajo los mares nos hable otra vez del exilio... y el Poeta se aflige

por esas grandes hojas calcáreas, a flor de abismo, sobre zócalos submarinos: encaje en la máscara de la muerte.



D2424 (MOM)

NIEVES

I

Y luego vinieron las nieves, las primeras nieves de la ausencia, sobre las anchas telas tejidas de sueño y realidad; y concedida a los hombres de memoria la remisión de toda pena, hubo un frescor de paños en nuestras sienas. Y hubo por la mañana, bajo la sal gris del alba, un poco antes de la hora sexta, como en un refugio improvisado, un lugar de gracia y de clemencia donde licenciar el enjambre de las grandes odas del silencio.

Y toda la noche, sin que nosotros lo supiéramos, bajo este alto hecho de pluma, portador de alto vestigio y carga de almas, las altas ciudades de piedra pómez horadadas de insectos luminosos no habían dejado de crecer y descollar en el olvido de su peso. Y sólo supieron algo de esto aquellos cuya memoria es incierta y cuyo relato es aberrante. La parte que tuvo el espíritu en estas cosas insignes, la ignoramos.

Nadie ha sorprendido, nadie ha conocido, en el más alto frente de piedra, el primer afloramiento de esta hora sedosa, el primer contacto de esta cosa frágil y sutilísima como un parpadeo. Sobre los revestimientos de bronce y sobre los ímpetus de acero cromado, sobre los sillares de sorda porcelana y sobre las tejas de vidrio grueso, sobre el cohete de mármol negro y sobre la espuela de metal blanco, nadie ha sorprendido, nadie ha manchado

este vaho de un soplo en su nacimiento, como el primer trance de una hoja desvainada... Nevaba, y he aquí que sobre esto diremos maravillas:

el alba muda en su pluma, como una gran lechuza fabulosa entregada a los soplos del espíritu, henchía su cuerpo de dalia blanca. Y por todas partes había para nosotros prodigio y fiesta. ¡Y que la salutación se halle sobre la faz de las terrazas, donde el Arquitecto, el verano pasado, nos mostró huevos de chotacabras!

II

Yo sé que navíos en peligro en toda esta freza pálida lanzan su mugido de bestias sordas contra la ceguera de los hombres y de los dioses; y toda la miseria del mundo llama al piloto en medio de los estuarios. Sé que en las cascadas de los grandes ríos, entre el cielo y la tierra, se anudan extrañas alianzas: blancas bodas de noctuidos, blancas fiestas de frigáneas. Y sobre las vastas estaciones ahumadas de alba como palmerales bajo cristal, la noche láctea engendra una fiesta de muérdago.

Y hay también esta sirena de las fábricas, un poco antes de la hora sexta y el relevo de la mañana, allá arriba, en aquella región de grandes lagos, donde los astilleros iluminados durante toda la noche tienden sobre la espaldera del cielo un alto emparrado sideral: mil lámparas acariciadas por las cosas de seda cruda de la nieve... Grandes nácares en aumento, grandes nácares sin defecto, ¿meditan su respuesta en lo más profundo de las aguas? -¡oh, todas las cosas por renacer, oh vosotras, plena respuesta! ¡Y la visión por fin sin tacha y sin defecto!...

Nieva sobre los dioses de fundición y sobre las siderúrgicas azotadas por breves liturgias; sobre la escoria y la basura y el herbazal de los taludes: nieva sobre la fiebre y la herramienta de los hombres -nieve más fina que en el desierto el grano de cilantro, nieve más fresca que en abril la primera leche de los animales jóvenes... Nieva allá hacia el Oeste, sobre los silos y sobre los ranchos y sobre las vastas llanuras sin historia bajo la zancada de los postes; sobre el trazado de ciudades en proyecto y sobre la ceniza muerta de los campamentos levantados;

sobre las altas tierras sin roturar, infectadas de ácidos, y sobre las hordas de abetos negros enzarzados de águilas puntiagudas, como trofeos de guerra... ¿Qué decías, trampero, de tus dos manos licenciadas? Y sobre el hacha del pionero, ¿qué inquietante dulzura ha posado esta noche su mejilla?... Nieva, allende la cristiandad, sobre las zarzas más jóvenes y sobre los animales más nuevos. ¡Esposa del mundo es mi presencia!... Y en algún lugar del mundo, donde el silencio ilumina un sueño de alerce, la tristeza levanta su máscara de sirvienta.

JUVENTUD GRUPO CERO
Asóciate desde 10 euros al mes
91 758 19 40
NO DEBEMOS CALMAR EL HAMBRE NUNCA

LLUVIAS

I

El baniano de la lluvia se asienta sobre la Ciudad,
un polípero veloz sube a sus bodas de coral en toda esta leche
de agua viva,
y la Idea desnuda como un reciario peina en los jardines del
pueblo su pelambrea de muchacha.

Canta, poema, en el pregón de las aguas la inminencia del
tema,
canta, poema, en la presión de las aguas la evasión del tema:
una alta licencia en las entrañas de las Vírgenes proféticas,

una eclosión de óvulos de oro en la noche leonada de las cié-
nagas
y mi cama hecha, ¡oh fraude!, en los linderos de un sueño
semejante,
allí donde se aviva y crece y se pone a girar la rosa obscena del
poema.

Señor terrible de mi risa, he aquí la tierra humeante con sabor
a carne de caza,
la arcilla viuda bajo el agua virgen, la tierra lavada del paso de
los hombres insomnes,
y, olida de más cerca como un vino, ¿no es verdad que ella
provoca la pérdida de la memoria?

¡Señor, Señor terrible de mi risa! he aquí el envés del sueño
sobre la tierra,
como la respuesta de las altas dunas a la estratificación de los
mares, he aquí, he aquí
la tierra consumida, la hora nueva en pañales, y mi corazón
visitado por una extraña vocal.

II

Nodrizas sospechosas, Acompañantes con los ojos velados por
la edad, oh Lluvias por las cuales
el hombre insólito mantiene su casta, ¿qué le diremos este
atardecer a quien mida la altura de nuestra vigilia?
¿Sobre qué nuevo lecho, a qué cabeza esquiva otra vez
arrebataremos la centella valiosa?

Mudo el Ande sobre mi techo, tengo una aclamación muy
fuerte en mí, ¡y es para vosotras, oh Lluvias!
Llevaré mi causa ante vosotras: ¡en la punta de vuestras lanzas
lo más claro de mi bien!
¡La espuma en los labios del poema como una leche de
corales!

Y aquella que danza como un encantador de serpientes a la
entrada de mis frases,
la idea, más desnuda que una espada en el juego de las fac-
ciones,
me enseñará el rito y la medida contra la impaciencia del
poema.

Señor terrible de mi risa, guárdame de la confesión, de la
acogida y del canto.
Señor terrible de mi risa, ¡cuánta ofensa hay en los labios del
aguacero!
¡Cuántos fraudes consumados bajo nuestras más altas migra-
ciones!

En la noche clara de mediodía, nosotros ofrecemos más de una
proposición nueva
sobre la esencia del ser... ¡Oh, esas humaredas sobre la piedra
del hogar!
Y la lluvia tibia sobre nuestros tejados hizo muy bien en apa-
gar las lámparas en nuestras manos.



Hay almas que tienen de Miguel Oscar Menassa. Óleo sobre lienzo, 92x73 cm.

V

Que vuestra llegada estuviese llena de grandeza, ya lo
sabíamos nosotros, hombres de las ciudades, sobre nuestras
magras escorias,
pero habíamos soñado con más altivas confianzas en el
primer soplo del aguacero,
Y vosotras nos restituís, ¡oh Lluvias!, a nuestra instancia
humana, con este sabor de arcilla bajo nuestras máscaras.

¿En más altos parajes buscaremos memoria?... ¿O es que
habremos de cantar el olvido en las biblias de oro de las bajas
foliaciones?...
Nuestras fiebres pintadas en los tuliperos del sueño, la nube en
el ojo de los estanques y la piedra arrastrada hasta la boca de los
pozos, ¿no son hermosos temas sobre los que volver,
como rosas antiguas en las manos del mutilado de guerra?...
Todavía está la colmena en el vergel, la infancia en las hor-
caduras del árbol viejo, y la escala prohibida en las hermosas
viudedades del relámpago...

Dulzor de agave, de álces... ¡Desabrida estación del hombre
sin equívoco! Es la tierra fatigada de las quemaduras del
espíritu.
Las Lluvias verdes se pintan en las vitrinas de los banqueros.
En los paños tibios de las plañideras se borrará el rostro de los
dioses niñas.
Y los constructores de Imperios ante sus mesas toman en con-
sideración nuevas ideas. Toda una multitud silenciosa se alza en
mis frases, en los grandes márgenes del poema.

Alzad, alzad, en el extremo de los promontorios, los catafalcos
del habsburgo, las altas piras del hombre de guerra, los altos col-
menares de la impostura.

Aventad, aventad, en el extremo de los promontorios, los
grandes osarios de la guerra pasada, los grandes osarios del
hombre blanco sobre los que la infancia fue fundada.
Y que sea expuesto al viento en su silla, en su silla de hierro,
el hombre entregado a las visiones que irritan a los pueblos.

No acabaremos de ver arrastrarse sobre la extensión de los
mares la humareda de los altos hechos donde se carboniza la
historia,
mientras que en las Cartujas y los Lazaretos, un perfume de
termitas y de frambuesas blancas hace levantar de sus zarzos a
los Príncipes postrados:
“Me gustaba, me gustaba vivir entre los hombres, y he aquí
que la tierra exhala su alma de extranjera...”

VI

Un hombre aquejado de semejante soledad, que vaya y que
suspenda en los santuarios la máscara y el bastón de mando.
Yo llevaba la esponja y la hiel a las heridas de un viejo árbol
cargado con las cadenas de la tierra.
“Me gustaba, me gustaba vivir lejos de los hombres, y he aquí
que las Lluvias...”

Tránsfugas sin mensaje, oh Imitadoras sin rostro, vosotras
llevásteis a los confines tan bellas sementeras.
¿Para qué hermosos fuegos de pastos entre los hombres
desviáis una noche vuestros pasos? ¿Para qué historias que con-
cluyen
ante el fuego de las rosas en las alcobas, en las alcobas donde
vive la flor sombría del sexo?

¿Codiciábais a nuestras mujeres y a nuestras hijas tras la reja
de sus sueños? (Otras, de más edad, ofrecen sus cuidados
en lo más secreto de las alcobas, ofrecen oficios puros, tal
como podrían soñarse en los palpos de los insectos...)
¿No haríais mejor espiando, entre nuestros hijos, el amargo
perfume viril en los correajes de guerra? (Como una multitud de
Esfinges, graves de cifra y de enigma, disputan acerca del poder
a las puertas de los elegidos...)

Oh Lluvias por quien los trigos silvestres invaden la Ciudad, y
las calzadas de piedra se erizan de cactus irascibles,
bajo mil pasos nuevos hay mil piedras nuevas recientemente
visitadas...

¡Junto a los muestrarios refrescados por una pluma invisible,
echad vuestras cuentas, diamantistas!
Y el hombre duro entre los hombres, en medio de la multitud,
se sorprende soñando con el elimo de las arenas... “Me gustaba,
me gustaba vivir sin dulzura, y he aquí que las Lluvias...” (La
vida se alza a las tormentas sobre el ala del repudio.)

Pasad, Mestizas, y dejadnos en nuestro acecho... Se abreva en
lo divino quien tiene máscara de arcilla.

Lavada toda piedra de los signos viarios, lavada toda hoja de
los signos de latría, al fin leeremos en ti, tierra abluida de las tin-
tas del copista...
Pasad y abandonadnos a nuestras más viejas costumbres. ¡Que
otra vez mi palabra vaya delante de mí! y otra vez cantaremos
un canto de los hombres para quien pasa, un canto del espacio
para quien vela:

GRUPO CERO
Buenos Aires

Grupos de Poesía

ABIERTOS TODO EL AÑO

Frecuencia semanal

Informes e Inscripción
Mansilla 2686 PB 2 - 4966 1710/13
www.grupocerobuenosaires.com

grupocero@fibertel.com.ar baires@grupocero.org

VIII

...El baniano de la lluvia pierde su dominio sobre la Ciudad. En el viento del cielo la cosa errante, de manera que se vino a vivir entre nosotros... Y no negaréis que, de pronto, todo se haya vuelto vano para nosotros.

Quien quiere saber lo que sucede con las grandes lluvias en marcha sobre la tierra, que se venga a vivir sobre mi techo, entre los signos y presagios.

¡Promesas rotas! ¡Infatigables sementeras! ¡Y estas humaredas sobre la calzada de los hombres!

¡Que venga el relámpago, ah, que nos deja!... Y escoltaremos hasta las puertas de la Ciudad a las altas Lluvias en marcha bajo el Abril, a las altas Lluvias en marcha bajo el látigo como una Orden de Flagelantes.

Pero henos aquí entregados, más desnudos, a este perfume de humus y de benujú en el que se despierta la tierra con sabor a virgen negra.

...Es la tierra más fresca en el corazón de los helechales, el afloramiento de los grandes fósiles en las margas chorreantes, y en la carne herida de las rosas tras la tormenta, la tierra, otra vez la tierra con sabor a mujer hecha mujer.

...Es la Ciudad más viva en los fuegos de mil espadas, el vuelo de los halcones sobre los mármoles, el cielo otra vez en las tazas de las fuentes,

y la cerda de oro en lo alto de la columna sobre las plazas desiertas. Es otra vez el esplendor en los porches de cinabrio; el animal negro con herraduras de plata en la puerta más baja de los jardines;

es de nuevo el deseo en las entrañas de las viudas jóvenes, de las jóvenes viudas de guerreros, como grandes urnas otra vez selladas.

...Es el frescor que corre por las crestas del lenguaje, otra vez la espuma en los labios del poema,

y el hombre que, asediado en derredor por ideas nuevas, cede ante el alzamiento de las grandes marejadas del espíritu:

“¡Este canto, este hermoso canto sobre la disipación de las aguas!...” y mi poema, ¡oh Lluvias! que no llegó a escribirse.

IX

En plena noche, con las verjas cerradas, ¿qué peso tiene el agua del cielo sobre el bajo imperio de la espesura?

¡En la punta de las lanzas lo más claro de mi bien!... E igualadas todas las cosas en la balanza del espíritu,

señor terrible de mi risa, tú llevarás esta noche el escándalo a más alto lugar.

*

...Pues tales son tus delicias, Señor, en el umbral árido del poema, allí donde mi risa espanta a los pavos reales verdes de la gloria.



D2409 (MOM)

CANTO PARA UN EQUINOCCIO

La otra tarde tronaba, y sobre la tierra de tumbas yo oía resonar esa respuesta al hombre, que fue breve, y que no fue sino estrépito.

Amiga, el aguacero del cielo estuvo con nosotros, la noche de Dios fue nuestra intemperie, y el amor, en todas partes, se remontaba hacia sus fuentes.

Lo sé, lo he visto: la vida se remonta hacia sus fuentes, el relámpago recoge sus utensilios en las canteras abandonadas, el polen amarillo de los pinos se acumula en las esquinas de las terrazas,

y la semilla de Dios se dirige hacia el mar para unirse a las capas

malvas del placton.

Dios el disperso nos reúne en la diversidad.

*

Señor, Dueño del suelo, mira cómo nieva, cómo el cielo está sin contraste, la tierra libre de toda enjalma: tierra de Set y de Saúl, de Che Huang-ti y de Keops.

La voz de los hombres está en los hombres, la voz del bronce en el bronce, y en algún lugar del mundo

donde el cielo quedó sin voz y el siglo no estuvo alerta, nace en el mundo un niño cuya raza y cuyo rango no conoce ninguno, y el genio llama con glopes seguros en los lóbulos de una frente pura.

Oh Tierra, madre nuestra, no te inquietes por esa ralea: el siglo está dispuesto, el siglo es turbamulta, y la vida sigue su curso.

Se alza en nosotros un canto que no ha conocido su origen y que no tendrá estuario en la muerte.

Equinoccio de una hora entre la Tierra y el hombre.

www.grupocero.org

NOCTURNO

Ya están maduros esos frutos de un receloso destino. Surgidos de nuestro sueño, alimentados con nuestra sangre, ellos, que obsesionaban la púrpura de nuestras noches, son los frutos del largo afán, son los frutos del largo deseo, fueron nuestros cómplices más secretos y, a menudo próximos a la confesión, nos empujaban a sus metas fuera del abismo de nuestras noches... ¡Favor a la luz del día! Ya están maduros y bajo la púrpura esos frutos de un imperioso destino -No los encontramos de nuestro agrado.

¡Sol del ser, traición! ¿Dónde estuvo el fraude, dónde la ofensa? ¿Dónde estuvieron la culpa y la tara y cuál es el error? ¿Volveremos a coger el tema desde su nacimiento? ¿Reviviremos la fiebre y el tormento?... Majestad de la rosa, no nos contamos entre tus devotos: hacia algo más amargo va nuestra sangre, hacia algo más severo nuestros afanes, inseguros son nuestros caminos y profunda es la noche en que se alejan nuestros dioses. Rosas caninas y zarzas negras pueblan para nosotros las orillas del naufragio.

Ya están madurando esos frutos de otra orilla. “¡Sol del ser, cúbreme!” -palabra del tráfuga. Y los que lo hayan visto pasar dirán: ¿quién fue ese hombre y cuál su morada? ¿Iba solitario bajo la luz del día para mostrar la púrpura de sus noches?... ¡Sol del ser, príncipe y Señor! Nuestras obras están dispersas, nuestras tareas sin honor y nuestros trigos sin cosecha: la gavilladora espera al pie del atardecer-. Ya están teñidos de nuestra sangre esos frutos de un tormentoso destino.

Con su paso de gavilladora, se va la vida sin odio ni rescate.

www.momgallery.com

1 dibujo diario
1 cuadro semanal

SOCIOS DE HONOR EUROPA

Miguel Oscar Menassa (Madrid)	360 €
Miguel Martínez Fondón (Madrid)	360 €
Carlos Fernández del Ganso (Madrid)	360 €
Amelia Díez Cuesta (Madrid)	360 €
María Chévez (Madrid)	360 €
Alejandra Menassa de Lucia (Madrid)	360 €
Pilar Rojas Martínez (Madrid)	360 €
Jaime Icho Kozak (Madrid)	360 €
Fernando Ámez Miña (Madrid)	360 €
Olga de Lucia Vicente (Madrid)	360 €
Carmen Salamanca Gallego (Madrid)	360 €
Magdalena Salamanca Gallego (Madrid)	360 €
Helena Trujillo (Málaga)	360 €
Cruz González Cardeñosa (Madrid)	200 €
Sergio Aparicio Erroz (Madrid)	150 €
Claire Deloupy (Madrid)	150 €
Pablo J. García Muñoz (Madrid)	120 €
Paola Duchên (Madrid)	100 €
Mónica López Bordón (Madrid)	100 €
Kepa Ríos Alday (Madrid)	100 €
Ruy Henríquez (Madrid)	60 €
Hernán Kozak Cino (Madrid)	60 €
Clémence Loonis (Madrid)	50 €
Fabián Menassa de Lucia (Madrid)	50 €
Manuel Menassa de Lucia (Madrid)	50 €
Soledad Caballero (Alcalá de Henares)	30 €
Clara García García (Madrid)	25 €
Juan F.Glez-Díaz (Las Palmas)	20 €
Sylvie Lachaume (Ibiza)	20 €
Pino Lorenzo (Las Palmas)	20 €
Carmen Ortigosa Martín (Torrejón de Ardoz)	12 €
Luis Rodríguez Hernández (Madrid)	12 €

SOCIOS DE HONOR AMÉRICA

Miguel Oscar Menassa (Buenos Aires)	500 US\$
Norma Menassa (Buenos Aires)	500 US\$
Inés Barrio (Buenos Aires)	250 US\$
Marcela Villavella (Buenos Aires)	250 US\$
Alejandra Madormo (Buenos Aires)	100 US\$
Lucía Serrano (Buenos Aires)	100 US\$
Lúcia Bins Ely (Brasil)	100 US\$
Renato Battistel (Brasil)	100 US\$
Leonora Waihrich (Brasil)	50 US\$
Roberto Molero (Buenos Aires)	50 US\$
Tom Lupo (Buenos Aires)	50 US\$
Paula Rodríguez (Buenos Aires)	50 US\$
Renata Passolini (Buenos Aires)	50 US\$
Gabriela Melluso (Buenos Aires)	50 US\$
Jorge Montironi (Buenos Aires)	50 US\$
Patricia Di Pinto (Buenos Aires)	50 US\$
Eliane Fernandes Marques (Brasil)	30 US\$
Bárbara Corsetti (Brasil)	20 US\$
Norberto Demarco (Buenos Aires)	20 US\$
Yanina Escalante (Buenos Aires)	20 US\$
Paula Putero (Buenos Aires)	10 US\$
Mariana Benítez	10 US\$
Juan F.Glez-Díaz (La Habana)	10 US\$

FRESCORES

Entrevista a William Faulkner por Jean Stein
"Paris Review" N.º 12 de 1956

-¿Existe alguna fórmula que sea posible seguir para ser un buen novelista?

-99% de talento... 99% de disciplina... 99% de trabajo. El novelista nunca debe sentirse satisfecho con lo que hace. Lo que se hace nunca es tan bueno como podría ser. Siempre hay que soñar y apuntar más alto de lo que uno puede apuntar. No preocuparse por ser mejor que sus contemporáneos o sus predecesores. Tratar de ser mejor que uno mismo. Un artista es una criatura impulsada por demonios. No sabe por qué ellos lo escogen y generalmente está demasiado ocupado para preguntárselo. Es completamente amoral en el sentido de que será capaz de robar, tomar prestado, mendigar o despojar a cualquiera y a todo el mundo con tal de realizar la obra.

-¿Quiere usted decir que el artista debe ser completamente despiadado?

-El artista es responsable sólo ante su obra. Será completamente despiadado si es un buen artista. Tiene un sueño, y ese sueño lo angustia tanto que debe librarse de él. Hasta entonces no tiene paz. Lo echa todo por la borda: el honor, el orgullo, la decencia, la seguridad, la felicidad, todo, con tal de escribir el libro. Si un artista tiene que robarle a su madre, no vacilará en hacerlo...

-Entonces la falta de seguridad, de felicidad, honor, etcétera, ¿sería un factor importante en la capacidad creadora del artista?

-No. Esas cosas sólo son importantes para su paz y su contento, y el arte no tiene nada que ver con la paz y el contento.

-Entonces, ¿cuál sería el mejor ambiente para un escritor?

-El arte tampoco tiene nada que ver con el ambiente; no le importa dónde está. Si usted se refiere a mí, el mejor empleo que jamás me ofrecieron fue el de administrador de un burdel. En mi opinión, ese es el mejor ambiente en que un artista puede trabajar. Goza de una perfecta libertad económica, está libre del temor y del hambre, dispone de un techo sobre su cabeza y no tiene nada que hacer excepto llevar unas pocas cuentas sencillas e ir a pagarle una vez al mes a la policía local. El lugar está tranquilo durante la mañana, que es la mejor parte del día para trabajar. En las noches hay la suficiente actividad social como para que el artista no se aburra, si no le importa participar en ella; el trabajo da cierta posición social; no tiene nada que hacer porque la encargada lleva los libros; todas las empleadas de la casa son mujeres, que lo tratarán con respeto y le dirán "señor". Todos los contrabandistas de licore de la localidad también le dirán "señor". Y él podrá tutearse con los policías. De modo, pues, que el único ambiente que el artista necesita es toda la paz, toda la soledad y todo el placer que pueda obtener a un precio que no sea demasiado elevado. Un mal ambiente sólo le hará subir la presión sanguínea, al hacerle pasar más tiempo sintiéndose frustrado o indignado. Mi propia experiencia me ha enseñado que los instrumentos que necesito para mi oficio son papel, tabaco, comida y un poco de whisky.

-¿Bourbon?

-No, no soy tan melindroso. Entre escocés y nada, me quedo con escocés.

-Usted mencionó la libertad económica. ¿La necesita el escritor?

-No. El escritor no necesita libertad económica. Todo lo que necesita es un lápiz y un poco de papel. Que yo sepa nunca se ha escrito nada bueno como consecuencia de aceptar dinero regalado. El buen escritor nunca recurre a una fundación. Está demasiado ocupado escribiendo algo. Si no es bueno de veras, se engaña diciéndose que carece de tiempo o de libertad económica. El buen arte puede ser producido por ladrones, contrabandistas de licore o cuatros. La gente realmente teme descubrir exactamente cuántas penurias y pobreza es capaz de soportar. Y a todos les asusta descubrir cuán duros pueden ser. Nada puede destruir al buen escritor. Lo único que puede alterar al buen escritor es la muerte. Los que son buenos no se preocupan por tener éxito o por hacerse ricos. El éxito es femenino e igual que una mujer: si uno se le humilla, le pasa por encima. De modo, pues, que la mejor manera de tratarla es mostrándole el puño. Entonces tal vez la que se humille será ella.

-¿Trabajar para el cine es perjudicial para su propia obra de escritor?

-Nada puede perjudicar la obra de un hombre si éste es un escritor de primera, nada podrá ayudarlo mucho. El problema no existe si el escritor no es de primera, porque ya habrá vendido su alma por una piscina.

-Usted dice que el escritor debe transigir cuando trabaja para el cine. ¿Y en cuanto a su propia obra? ¿Tiene alguna obligación con el lector?

-Su obligación es hacer su obra lo mejor que pueda hacerla; cualquier obligación que le quede después de eso, puede gastarla como le venga en gana. Yo, por mi parte, estoy demasiado ocupado para preocuparme por el público. No tengo tiempo para pensar en quién me lee. No me interesa la opinión de Juan Lector sobre mi obra ni sobre la de cualquier otro escritor. La norma que tengo que cumplir es la mía, y esa es la que me hace sentir como me siento cuando leo La tentación de Saint Antoine o el Antiguo Testamento. Me hace sentir bien, del mismo modo que observar un pájaro me hace sentir bien. Si reencarnara, sabe usted, me gustaría volver a vivir como un zopilote. Nadie lo odia, ni lo envidia, ni lo quiere, ni lo necesita. Nadie se mete con él, nunca está en peligro y puede comer cualquier cosa.

-¿Qué técnica utiliza para cumplir su norma?

-Si el escritor está interesado en la técnica, más le vale dedicarse a la cirugía o a colocar ladrillos. Para escribir una obra no hay ningún recurso mecánico, ningún atajo. El escritor joven que siga una teoría es un tonto. Uno tiene que enseñarse por medio de sus propios errores; la gente sólo aprende a través del error. El buen artista cree que nadie sabe lo bastante para darle consejos, tiene una vanidad suprema. No importa cuánto admire al escritor viejo, quiere superarlo.

-Entonces, ¿usted niega la validez de la técnica?

-De ninguna manera. Algunas veces la técnica arremete y se apodera del sueño antes de que el propio escritor pueda aprehenderlo. Eso es tour de force y la obra terminada es simplemente cuestión de juntar bien los ladrillos, puesto que el escritor probablemente conoce cada una de las palabras que va a usar hasta el fin de la obra antes de escribir la primera. Eso sucedió con Mientras agonizo. No fue fácil. Ningún trabajo honrado lo es. Fue sencillo en cuanto que todo el material estaba ya a la mano. La composición de la obra me llevó sólo unas seis semanas en el tiempo libre que me dejaba un empleo de doce horas al día haciendo trabajo manual. Sencillamente me imaginé un grupo de personas y las sometí a las catástrofes naturales universales, que son la inundación y el fuego, con una motivación natural simple que le diera dirección a su desarrollo. Pero cuando la técnica no interviene, escribir es también más fácil en otro sentido. Porque en mi caso siempre hay un punto en el libro en el que los propios personajes se levantan y toman el mando y completan el trabajo. Eso sucede, digamos, alrededor de la página 275. Claro está que yo no sé lo que sucedería si terminara el libro en la página 274. La cualidad que un artista debe poseer es la objetividad al juzgar su obra, más la honradez y el valor de no engañarse al respecto. Puesto que ninguna de mis obras ha satisfecho mis propias normas, debo juzgarlas sobre la base de aquélla que me causó la mayor aflicción y angustia del mismo modo que la madre ama al hijo que se convirtió en ladrón o asesino más que al que se convirtió en sacerdote.

-¿Qué obra es ésa?

-El Sonido y la Furia. La escribí cinco veces distintas, tratando de contar la historia para librarme del sueño que seguiría angustiándome mientras no la contara. Es una tragedia de dos mujeres perdidas: Caddy y su hija. Dilsey es uno de mis personajes favoritos porque es valiente, generosa, dulce y honrada. Es mucho más valiente, honrada y generosa que yo.

-¿Cómo empezó El Sonido y la Furia?

-Empezó con una imagen mental. Yo no comprendí en aquel momento que era simbólica. La imagen era la de los fondillos enlodados de los calzoncitos de una niña subida a un peral, desde donde ella podía ver a través de una ventana el lugar donde se estaba efectuando el funeral de su abuela y se lo contaba a sus hermanos que estaban al pie del árbol. Cuando llegué a explicar quiénes eran ellos y qué estaban haciendo y cómo se habían enlodado los calzoncitos de la niña, comprendí que sería imposible meterlo todo en un cuento y que el relato tendría que ser un libro. Y entonces comprendí el simbolismo de los calzoncitos enlodados, y esa imagen fue reemplazada por la de la niña huérfana de padre y madre que se descuelga por el tubo de desagüe del techo para escaparse del único hogar que tiene, donde nunca ha recibido amor ni afecto ni comprensión. Yo había empezado a contar la historia a través de los ojos del niño idiota, porque pensaba que sería más eficaz si la contaba alguien que sólo fuera capaz de saber lo que sucedía, pero no por qué. Me di cuenta de que no había contado la historia esa vez. Traté de volver a contarla, ahora a través de los ojos de otro hermano. Tampoco resultó. La conté por tercera vez a través de los ojos del tercer hermano. Tampoco resultó. Traté de reunir los fragmentos y de llenar las lagunas haciendo yo mismo las veces de narrador. Todavía no quedó completa, hasta quince años después de la publicación del libro, cuando escribí, como apéndice de otro libro, el esfuerzo final para acabar de contar la historia y sacármela de la cabeza de modo que yo mismo pudiera sentirme en paz. Ese es el libro por el que siento más ternura. Nunca pude dejarlo de lado y nunca pude contar bien la historia, aun cuando lo intenté con ahínco y me gustaría volver a intentarlo, aunque probablemente fracasaría otra vez.

-¿Qué emoción suscita Benjy en usted?

-La única emoción que puedo sentir por Benjy es aflicción y compasión por toda la humanidad. No se puede sentir nada por

Benjy porque él no siente nada. Lo único que puedo sentir por él personalmente es preocupación en cuanto a que sea creíble tal cual yo lo creé. Benjy fue un prólogo, como el sepulturero en los dramas isabelinos. Cumple su cometido y se va. Benjy es incapaz del bien y del mal porque no tiene conocimiento alguno del bien y del mal.

-¿Podía Benjy sentir amor?

-Benjy no era lo suficientemente racional ni siquiera para ser un egoísta. Era un animal. Reconocía la ternura y el amor, aunque no habría podido nombrarlos; y fue la amenaza a la ternura y al amor lo que lo llevó a gritar cuando sintió el cambio en Caddy. Ya no tenía a Caddy; siendo un idiota, ni siquiera estaba consciente de la ausencia de Caddy. Sólo sabía que algo andaba mal, lo cual creaba un vacío en el que sufría. Trató de llenar ese vacío. Lo único que tenía era una de las pantuflas desechadas de Caddy. La pantufla era la ternura y el amor de Benjy que éste podría haber nombrado, y sólo sabía que le faltaban. Era mugroso porque no podía coordinar y porque la mugre no significaba nada para él. Así como no podía distinguir entre el bien y el mal, tampoco podía distinguir entre lo limpio y lo sucio. La pantufla le daba consuelo aun cuando ya no recordaba la persona a la que había pertenecido, como tampoco podía recordar por qué sufría. Si Caddy hubiese reaparecido, Benjy probablemente no la habría reconocido.

-¿Ofrece ventajas artísticas el componer la novela en forma de alegoría, como la alegoría cristiana que usted utilizó en Una fábula?

-La misma ventaja que representa para el carpintero construir esquinas cuadradas al construir una casa cuadrada. En Una fábula, la alegoría cristiana era la alegoría indicada en esa historia particular, del mismo modo que una esquina cuadrada oblonga es la esquina indicada para construir una casa rectangular oblonga.

-¿Quiere decir que un artista puede usar el cristianismo simplemente como cualquier otra herramienta, de la misma manera que un carpintero tomaría prestado un martillo?

-Al carpintero del que estamos hablando nunca le falta ese martillo. A nadie le falta cristianismo, si nos ponemos de acuerdo en cuanto al significado que le damos a la palabra. Se trata del código de conducta individual de cada persona, por medio del cual ésta se hace un ser humano superior al que su naturaleza quiere que sea si la persona sólo obedece a su naturaleza. Cualquiera que sea su símbolo -la cruz o la media luna o lo que fuere-, ese símbolo es para el hombre el recordatorio de su deber como miembro de la raza humana. Sus diversas alegorías son los modelos con los que se mide a sí mismo y aprende a conocerse. La alegoría no puede enseñar al hombre a ser bueno del mismo modo que el libro de texto le enseña matemáticas. Le enseña cómo descubrirse a sí mismo, cómo hacerse de un código moral y de una norma dentro de sus capacidades y aspiraciones al proporcionarle un ejemplo incomparable de sufrimiento y sacrificio y la promesa de una esperanza. Los escritores siempre se han nutrido, y siempre se nutrirán de las alegorías de la conciencia moral, por la razón de que las alegorías son incomparables: los tres hombres de Moby Dick, que representan la trinidad de la conciencia: no saber nada, saber y no preocuparse, y saber y preocuparse. La misma trinidad está representada en Una fábula por el viejo aviador judío, que dice "Esto es terrible. Me niego a aceptarlo, aun cuando deba rechazar la vida para hacerlo"; el viejo cuartelmaestre francés, que dice: "Esto es terrible, pero podemos llorar y soportarlo"; y el mismo mensajero del batallón inglés que dice: "Esto es terrible, voy a hacer algo para remediarlo".

-¿Fueron reunidos en un solo volumen los dos temas no relacionados de Las palmeras salvajes con algún propósito simbólico? ¿Se trata, como sugieren algunos críticos, de una especie de contrapunto estético o de una simple casualidad?

-No, no. Aquello era una historia: la historia de Charlotte Rittenmeyer y Harry Wilbourne, que lo sacrificaron todo por el amor y después perdieron eso. Yo no sabía que iban a ser dos historias separadas sino después de haber empezado el libro. Cuando llegué al final de lo que ahora es la primera sección de Las palmeras salvajes, comprendí súbitamente que faltaba algo, que la historia necesitaba énfasis, algo que la levantara como el contrapunto en la música. Así que me puse a escribir El viejo hasta que Las palmeras salvajes volvió a ganar intensidad. Entonces interrumpí El viejo en lo que ahora es su primera parte y reanudé la composición de Las palmeras salvajes hasta que empezó a decaer nuevamente. Entonces volví a darle intensidad con otra parte de su antítesis, que es la historia de un hombre que conquistó su amor y pasó el resto del libro huyendo de él, hasta el grado de volver voluntariamente a la cárcel en que estaría a salvo. Son dos historias sólo por casualidad, tal vez por necesidad. La historia es la de Charlotte y Wilbourne.

-¿Qué porción de sus obras se basan en la experiencia personal?

-No sabría decirlo. Nunca he hecho la cuenta, porque la "porción" no tiene importancia. Un escritor necesita tres cosas: experiencia, observación e imaginación. Cualquiera de ellas, y a veces una puede suplir la falta de las otras dos. En mi caso, una historia generalmente comienza con una sola idea, un solo recuerdo o una sola imagen mental. La composición de la historia es simplemente cuestión de trabajar hasta el momento de explicar por qué ocurrió la historia o qué otras cosas hizo ocurrir a continuación. Un escritor trata de crear personas creíbles en situaciones conmovedoras creíbles de la manera más conmovedora que pueda. Obviamente, debe utilizar, como uno de sus instrumentos, el ambiente que conoce. Yo diría que la música es el medio más fácil de expresarse, puesto que fue el primero que se produjo en la experiencia y en la historia del hombre. Pero puesto que mi talento reside en las palabras, debo tratar de expresar torpemente en palabras lo que la música pura habría expresado mejor. Es decir, que la música lo expresaría mejor y más simplemente, pero yo prefiero usar palabras, del mismo modo que prefiero leer a escuchar. Prefiero el silencio al sonido, y la imagen producida por las palabras ocurre en el silencio. Es decir, que el trueno y la música de la prosa tienen lugar en el silencio.

-Usted dijo que la experiencia, la observación y la imaginación son importantes para el escritor. ¿Incluiría usted la inspiración?

-Yo no sé nada sobre la inspiración, porque no sé lo que es eso. La he oído mencionar, pero nunca la he visto.

-Se dice que usted como escritor está obsesionado por la violencia.

-Eso es como decir que el carpintero está obsesionado con su martillo. La violencia es simplemente una de las herramientas del carpintero. El escritor, al igual que el carpintero, no puede construir con una sola herramienta.

-¿Puede usted decir cómo empezó su carrera de escritor?

-Yo vivía en Nueva Orleans, trabajando en lo que fuera necesario para ganar un poco de dinero de vez en cuando. Conocí a Sherwood Anderson. Por las tardes solíamos caminar por la ciudad y hablar con la gente. Por las noches volvíamos a reunirnos y nos tomábamos una o dos botellas mientras él hablaba y yo escuchaba. Antes del mediodía nunca lo veía. Él estaba encerrado, escribiendo. Al día siguiente volvíamos a hacer lo mismo. Yo decidí que si esa era la vida de un escritor, entonces eso era lo mío y me puse a escribir mi primer libro. En seguida descubrí que escribir era una ocupación divertida. Incluso me olvidé de que no había visto al señor Anderson durante tres semanas, hasta que él tocó a mi puerta -era la primera vez que venía a verme- y me preguntó: "¿Qué sucede? ¿Está usted enojado conmigo?". Le dije que estaba escribiendo un libro. Él dijo: "Dios mío", y se fue. Cuando terminé el libro, La paga de los soldados, me encontré con la señora Anderson en la calle. Me preguntó cómo iba el libro y le dije que ya lo había terminado. Ella me dijo: "Sherwood dice que está dispuesto a hacer un trato con usted. Si usted no le pide que lea los originales, él le dirá a su editor que acepte el libro". Yo le dije "trato hecho", y así fue como me hice escritor.

-¿Qué tipo de trabajo hacía usted para ganar ese "poco dinero de vez en cuando"?

-Lo que se presentara. Yo podía hacer un poco de casi cualquier cosa: manejar lanchas, pintar casas, pilotar aviones. Nunca necesitábamos mucho dinero porque entonces la vida era barata en Nueva Orleans, y todo lo que quería era un lugar donde dormir, un poco de comida, tabaco y whisky. Había muchas cosas que yo podía hacer durante dos o tres días a fin de ganar suficiente dinero para vivir el resto del mes. Yo soy, por temperamento, un vagabundo y un golfo. El dinero no me interesa tanto como para forzar a trabajar para ganarlo. En mi opinión, es una vergüenza que haya tanto trabajo en el mundo. Una de las cosas más tristes es que lo único que un hombre puede hacer durante ocho horas, día tras día, es trabajar. No se puede comer ocho horas, ni beber ocho horas diarias, ni hacer el amor ocho horas... lo único que se puede hacer durante ocho horas es trabajar. Y esa es la razón de que el hombre se haga tan desdichado e infeliz a sí mismo y a todos los demás.

-Usted debe sentirse en deuda con Sherwood Anderson, pero, ¿qué juicio le merece como escritor?

-Él fue el padre de mi generación de escritores norteamericanos y de la tradición literaria norteamericana que nuestros sucesores llevarán adelante. Anderson nunca ha sido valorado como se merece. Dreiser es su hermano mayor y Mark Twain el padre de ambos.

-Y, ¿en cuanto a los escritores europeos de ese período?

-Los dos grandes hombres de mi tiempo fueron Mann y Joyce. Uno debe acercarse al Ulysses de Joyce como el bautista analfabeto al Antiguo Testamento: con fe.

-¿Lee usted a sus contemporáneos?

-No; los libros que leo son los que conocí y amé cuando era joven y a los que vuelvo como se vuelve a los viejos amigos: El Antiguo Testamento, Dickens, Conrad, Cervantes... leo el Quijote todos los años, como algunas personas leen la Biblia. Flaubert, Balzac -éste último creó un mundo propio intacto, una corriente sanguínea que fluye a lo largo de veinte libros-, Dostoyevski, Tolstoi, Shakespeare. Leo a Melville ocasionalmente y entre los poetas a Marlowe, Campion, Jonson, Herrick, Donne, Keats y Shelley. Todavía leo a Housman. He leído estos libros tantas veces que no siempre empiezo en la primera página para seguir leyendo hasta el final. Sólo leo una escena, o algo sobre un personaje, del mismo modo que uno se encuentra con un amigo y conversa con él durante unos minutos.

-¿Y Freud?

-Todo el mundo hablaba de Freud cuando yo vivía en Nueva Orleans, pero nunca lo he leído. Shakespeare tampoco lo leyó y dudo que Melville lo haya hecho, y estoy seguro de que Moby Dick tampoco.

-¿Lee usted novelas policíacas?

-Leo a Simenon porque me recuerda algo de Chéjov.

-¿Y sus personajes favoritos?

-Mis personajes favoritos son Sarah Gamp: una mujer cruel y despiadada, una borracha oportunista, indigna de confianza, en la mayor parte de su carácter era mala, pero cuando menos era un carácter; la señora Harris, Falstaf, el Príncipe Hall, don Quijote y Sancho, por supuesto. A lady Macbeth siempre la admiro. Y a Bottom, Ofelia y Mercucio. Este último y la señora Gamp se enfrentaron con la vida, no pidieron favores, no gimotearon. Huckleberry Finn, por supuesto, y Jim. Tom Sawyer nunca me gustó mucho: un mentecato. Ah, bueno, y me gusta Sut Logingood, de un libro escrito por George Harris en 1840 ó 1850 en las montañas de Tenesí. Lovingood no se hacía ilusiones consigo mismo, hacía lo mejor que podía; en ciertas ocasiones era un cobarde y sabía que lo era y no se avergonzaba; nunca culpaba a nadie por sus desgracias y nunca maldecía a Dios por ellas.

-Y, ¿en cuanto a la función de los críticos?

-El artista no tiene tiempo para escuchar a los críticos. Los que quieren ser escritores leen las críticas, los que quieren escribir no tienen tiempo para leerlas. El crítico también está tratando de decir: "Yo pasé por aquí". La finalidad de su función no es el artista mismo. El artista está un peldaño por encima del crítico, porque el artista escribe algo que moverá al crítico. El crítico escribe algo que moverá a todo el mundo menos al artista.

-Entonces, ¿usted nunca siente la necesidad de discutir sobre su obra con alguien?

-No; estoy demasiado ocupado escribiéndola. Mi obra tiene que complacerme a mí, y si me complace entonces no tengo necesidad de hablar sobre ella. Si no me complace, hablar sobre ella no la hará mejor, puesto que lo único que podrá mejorarla será trabajar más en ella. Yo no soy un literato; sólo soy un escritor. No me da gusto hablar de los problemas del oficio.

-Los críticos sostienen que las relaciones familiares son centrales en sus novelas.

-Esa es una opinión y, como ya le dije, yo no leo a los críticos. Dudo que un hombre que está tratando de escribir sobre la gente esté más interesado en sus relaciones familiares que en la forma de sus narices, a menos que ello sea necesario para ayudar al desarrollo de la historia. Si el escritor se concentra en lo que sí necesita interesarse, que es la verdad y el corazón humano, no le quedará mucho tiempo para otras cosas, como las ideas y hechos tales como la forma de las narices o las relaciones familiares, puesto que en mi opinión las ideas y los hechos tienen muy poca relación con la verdad.

-Los críticos también sugieren que sus personajes nunca eligen conscientemente entre el bien y el mal.

-A la vida no le interesa el bien y el mal. Don Quijote elegía constantemente entre el bien y el mal, pero elegía en su estado de sueño. Estaba loco. Entraba en la realidad sólo cuando estaba tan ocupado bregando con la gente que no tenía tiempo para distinguir entre el bien y el mal. Puesto que los seres humanos sólo existen en la vida, tienen que dedicar su tiempo simplemente a estar vivos. La vida es movimiento y el movimiento tiene que ver con lo que hace moverse al hombre, que es la ambición, el poder, el placer. El tiempo que un hombre puede dedicarle a la moralidad, tiene que quitárselo forzosamente al movimiento del que él mismo es parte. Está obligado a elegir entre el bien y el mal tarde o temprano, porque la conciencia

moral se lo exige a fin de que pueda vivir consigo mismo el día de mañana. Su conciencia moral es la maldición que tiene que aceptar de los dioses para obtener de éstos el derecho a soñar.

-¿Podría usted explicar mejor lo que entiende por movimiento en relación con el artista?

-La finalidad de todo artista es detener el movimiento que es la vida, por medios artificiales y mantenerlo fijo de suerte que cien años después, cuando un extraño lo contemple, vuelva a moverse en virtud de qué es la vida. Puesto que el hombre es mortal, la única inmortalidad que le es posible es dejar tras de sí algo que sea inmortal porque siempre se moverá. Esa es la manera que tiene el artista de escribir "Yo estuve aquí" en el muro de la desaparición final e irrevocable que algún día tendrá que sufrir.

-Malcom Cowley ha dicho que sus personajes tienen una conciencia de sumisión a su destino.

-Esa es su opinión. Yo diría que algunos la tienen y otros no, como los personajes de todo el mundo. Yo diría que Lena Grove en Luz de agosto se entendió bastante bien con la suya. Para ella no era realmente importante en su destino que su hombre fuera Lucas Birch o no. Su destino era tener un marido e hijos y ella lo sabía, de modo que fue y los tuvo sin pedirle ayuda a nadie. Ella era la capitana de su propia alma. Uno de los parlamentos más serenos y sensatos que yo he escuchado fue cuando ella le dijo a Byron Bunch en el instante mismo de rechazar su intento final, desesperado, desesperanzado, de violarla, "¿No te da vergüenza? ¿Podías haber despertado al niño!" No se sintió confundida, asustada ni alarmada por un solo momento. Ni siquiera sabía que no necesitaba compasión. Su último parlamento, por ejemplo: "No llevo viajando más que un mes y ya estoy en Tenesí. Vaya, vaya, cómo rueda uno". La familia Brunden, en Mientras agonizo, se las arregló bastante bien con su destino. El padre, después de perder a su esposa, necesitaba naturalmente otra, así que se la buscó. De un solo golpe no sólo reemplazó a la cocinera de la familia, sino que adquirió un fonógrafo para darles gusto a todos mientras descansaban. La hija embarazada no logró deshacerse de su problema esa vez, pero no se descorazonó. Lo intentó nuevamente, y aun cuando todos los intentos fracasaron, al fin y al cabo no fue más que otro bebé.

-¿Qué le sucedió a usted entre La paga de los soldados y Sartoris? Es decir, ¿cuál fue el motivo de que usted empezara a escribir la saga de Yoknapatawpha?

-Con La paga de los soldados descubrí que escribir era divertido. Pero más tarde descubrí que no sólo cada libro tiene que tener un designio, sino que todo el conjunto o la suma de la obra de un artista tiene que tener un designio. La paga de los soldados y Mosquitos los escribí por el gusto de escribir, porque era divertido. Comenzando con Sartoris descubrí que mi propia parcela de suelo natal era digna de que se escribiera acerca de ella y que yo nunca viviría lo suficiente para agotarla, y que mediante la sublimación de lo real en lo apócrifo yo tendría completa libertad para usar todo el talento que pudiera poseer, hasta el grado máximo. Ello abrió una mina de oro de otras personas, de suerte que creé un cosmos de mi propiedad. Puedo mover a esas personas de aquí para allá como Dios, no sólo en el espacio sino en el tiempo también. El hecho de que haya logrado mover a mis personajes en el tiempo, cuando menos según mi propia opinión, me comprueba mi propia teoría de que el tiempo es una condición fluida que no tiene existencia excepto en los avatares momentáneos de las personas individuales. No existe tal cosa como fue; sólo es. Si fue existiera, no habría pena ni aflicción. A mí me gusta pensar que el mundo que creé es una especie de piedra angular del universo; que si esa piedra angular, pequeña y todo como es, fuera retirada, el universo se vendría abajo. Mi último libro será el libro del Día del Juicio Universal, el Libro de Oro del Condado de Yoknapatawpha. Entonces quebraré el lápiz y tendré que detenerme.

LAS 2001 NOCHES

DIRECTOR:

Miguel Oscar Menassa

SECRETARIA DE REDACCIÓN:

Carmen Salamanca Gallego

c/Duque de Osuna, 4 - locales

28015 MADRID (ESPAÑA)

Teléfono: 91 5758 19 40 - Fax: 91 758 19 41

BUENOS AIRES:

c/Mansilla, 2686 PB 2 1^{er} Cuerpo

(1425) BUENOS AIRES (ARGENTINA)

Teléfonos: 4966 1710/13

www.grupocero.org

MADRID: grupocero@grupocero.org

BUENOS AIRES: grupocero@fibertel.com.ar

ESCUELA DE POESÍA GRUPO CERO

Dirige y Coordina: MIGUEL OSCAR MENASSA

TALLERES

Madrid

-Carmen Salamanca: 609 515 338

-Alejandra Menassa: 653 903 233

-María Chévez: 91 758 19 40

-Amelia Díez: 607 762 104

Alcalá de Henares

-Carlos Fernández: 676 242 844

Málaga

-Amelia Díez: 607 762 104

c/Duque de Osuna, 4 - 28015 Madrid

Tel.: 91 758 19 40

poesia@grupocero.org

www.poesiagrupo.org

www.editorialgrupocero.com

CANCIONES

2003-2004

El nuevo libro de Miguel Oscar Menassa



Una novedad de la EDITORIAL GRUPO CERO

NOVEDADES

Colecciones

- Poesía 2001
- Extensión Universitaria
- Argadini

